

ÉTICA, BIOÉTICA Y VIDA COTIDIANA

Segunda Parte

Carlos Eduardo Maldonado¹

V

Tradicionalmente se nos ha dicho e insistido de múltiples maneras y a través de diversos canales, que debemos ser éticos. La idea básica es que la ética se asume, así, implícita o abiertamente, como condición y garantía de la existencia misma. Por ejemplo, de la construcción y creación de capital social y humano, incluso de capital intelectual, en fin, como el cemento de la sociedad, para retomar una idea reciente de J. Elster. Sencillamente, sin ser éticos, la vida se vuelve imposible y estamos abandonados entonces a un estado de naturaleza a la manera de Hobbes o de Rousseau, por ejemplo, en la que todo es posible. Quisiera subrayar esta idea: gracias a la ética, no todo es posible. Más que una dimensión de limitaciones, la ética impone restricciones.

A partir de esta idea primaria, lo demás es historia. Esto es, lo demás ha sido, con diferentes justificaciones de orden religioso, social, cultural, filosófico o político, la constitución de diversos bandos éticos y morales. En el mundo contemporáneo toda la discusión ética se concentra en cuatro mandos principales: los neokantianos, los neoaristotélicos, los neocontractualistas y los (neo)utilitaristas. Si bien al comienzo existían fricciones y enfrentamientos entre ellos, actualmente las diferencias se han hecho menos agudas, existen numerosos canales de comunicación entre ellos, y en muchas ocasiones se implican y se refuerzan mutuamente. Por lo menos algunos de ellos. Al lado de estos cuatro bandos principales, existen otros equipos o grupos, minoritarios, siendo quizás los más representativos, la ética de corte analítico, la ética individualista o la ética del multiculturalismo. Este panorama no impide, desde luego, que desde la historia otras voces se hagan escuchar y sentir.

En el interior de este panorama contemporáneo, la ética se articula en dos fases principales: la ética procedimentalista y la ética sustantiva. Y, a su vez, se articula la ética en dos expresiones puntuales: la ética de mínimos y la ética de máximos.

La circunstancia política y cultural más importante de los últimos tiempos es la de que ética ha llegado a estar incluida, y también ha sido suprimida de, la Agenda Internacional. En verdad, hasta antes de los sucesos del 11 de Septiembre del 2001, la Agenda Internacional estaba definida por cuatro elementos: los temas y problemas del narcotráfico, del medioambiente, la corrupción y los derechos humanos.

¹ Profesor-investigador, Facultad de Finanzas. Universidad Externado de Colombia

Notablemente, es en relación con los dos últimos que la ética estaba de manera sólida y explícita contenida en la Agenda Internacional. Al respecto, no sobra recordar que está es un corpus político (y no ético o moral).

Sin embargo, luego y a raíz de los acontecimientos de la fecha mencionada, la Agenda Internacional sufrió una transformación radical y ha estado definida por dos temas: terrorismo y narcotráfico. Sencillamente, de un plumazo, los temas y problemas de corrupción, de medioambiente y de derechos humanos fueron eliminados o desplazados a lugares secundarios. Al respecto siempre vale atender a la siguiente distinción: una cosa es el la formulación de la Agenda Internacional, y otra es el manejo de la misma. Por derivación, lo mismo puede y debe decirse con respecto a las diversas Agendas Nacionales, las cuales se expresan, por ejemplo, en planes de desarrollo y en políticas públicas. Pero este es ya un tema aparte.

S. Hawking que puede ser acusado de todos menos de ser reduccionista en cualquier sentido de la palabra, afirma en un momento determinado:

“El mundo ha cambiado mucho más en los últimos cien años que en cualquier siglo precedente. La razón de ello no han sido las nuevas doctrinas políticas o económicas, sino los grandes desarrollos auspiciados por los progresos en las ciencias básicas” (*El universo en una cáscara de nuez*, pág. 26).

Quisiera suscribir esta reflexión de Hawking.

Lo que nos ha hecho posibles hasta la fecha no es, a pesar de todas las apariencias, la existencia y el debate en torno a valores, principios, creencias. Todo lo contrario. Ha sido en nombre de tal o cual Dios que nos hemos matado, que hemos organizado y justificado batallas y guerras, que hemos establecido a priori la preeminencia de una cultura sobre otra(s), de determinado estilo y estándar de vida sobre otro(s), en fin, de una forma de vida como siendo mejor, más válida, o preferible que otra(s). La moral, la religión, el derecho y la ética han sido factores que han alimentado y justificado guerras, violencia y exterminio. Si así ha sido la cosa, algo parece no andar muy bien en algún lado, por decirlo de esta manera. Que así haya sido tradicionalmente no justifica en manera alguna la historia, sino, peor aún, muestra lo patológica que han sido las enseñanzas y transmisiones que hemos recibido en ese sentido, con esos contenidos, y a través de esos canales.

En contraste, con Hawking, podemos aprender o recordar que lo que nos ha hecho posibles hasta el momento no han sido propiamente la religión, el derecho, la moral y la ética, sino el triunfo –no lineal-, de la investigación en ciencia y tecnología. Debemos nuestra existencia, hoy mucho más, definitivamente mucho más, a gente como Pasteur, a los arquitectos de los acueductos romanos, I. Fleming, los ingenieros de materiales y la física de materiales, el descubrimiento de la tectónica de placas y las construcciones sismo-resistentes, a la etología incluso y sus explicaciones acerca de la existencia y la proximidad y el

significado de los animales para la vida humana, por ejemplo. Esto antes que a personajes como el Cardenal Bellarmino –que quiso callar a Galileo-, al obispo de la antigua Armero, y muchos otros casos semejantes.

VI

La ética nace de una tensión y permanece como una tensión que, en determinadas épocas y lugares, se resuelve a favor de uno de los extremos o atractores de la tensión. La ética siempre ha nacido y ha permanecido como el problema que termina resolviéndose en términos de los atractores religión y política.

A fin de entender esta situación se hace imperativo antes establecer una precisión a todo lo que se ha dicho hasta aquí. La ética no simplemente se ocupa de los actos o las acciones humanas. Más exactamente, la ética consiste en el estudio, la problematización, el posibilitamiento o la acusación incluso del *valor* de los actos humanos. Todas las otras ciencias, disciplinas y prácticas se ocupan, cada cual a su manera, de los actos humanos. Por ejemplo, según si esos actos redefinen en términos de salud o de enfermedad, de riqueza o de pobreza, de inclusión o de exclusión, de ignorancia o de conocimiento. Pero es específico de la ética ocuparse, adicionalmente, de los actos humanos para establecer el valor que tienen o que pueden tener.

Pues bien, el valor de las acciones humanas se funda –por ejemplo, se justifica, o es causado-, en términos de dos grandes dominios. De un lado, se trata de la propia conciencia de cada quien que, por tanto, conduce de manera necesaria hacia el asiento último de la conciencia entendida individual o aisladamente. En esto consiste, en el sentido primero de la palabra la religión –en el sentido suficientemente explorado del *religare* de la conciencia consigo misma-. De manera más precisa, cuando alguien aborda temas y problemas pertinentes a la ética hablando de la tranquilidad de la conciencia, la ética se funda en o conduce hacia la religión –en sentido no positivo-. De esta suerte, es posible decir, sin ambages, que uno de los nutrientes de la ética ha sido siempre –y presumiblemente siempre lo será-, la religión entendida como el encuentro y la confiabilidad de la conciencia consigo misma. Vale recordar al respecto, por ejemplo, el conocido proverbio alemán: la mejor almohada es una conciencia tranquila. Un problema perfectamente distinto, aunque no ajeno a estas consideraciones es el de los resortes, intereses, motivaciones o razones sociales y culturales que la religión tenga o pueda tener. De esta cuestión no podemos ocuparnos aquí y queda como una reflexión para otra ocasión.

Sin embargo, el problema más importante de todos los que conciernen a la ética que consiste, esencialmente, en una fuerza que parcialmente se nutre del fuero interno, es el de si es posible, y si lo es cómo, hacer de esta fuerza privada o personal una fuerza común y para todos. Pues bien, este problema dirige la mirada hacia el segundo atractor de la ética: la política. En verdad, el problema de cómo hacer de un valor que se fundamenta en el fuero interno un principio común para todos no es un problema ético ni religioso. Por el contrario, este es motivo de la acción política y de los espacios políticos. Así, la ética se

nutre, adicionalmente, de razones, motivaciones y valores políticos, cuando no simplemente permanece en el individuo, sino cuando apunta además hacia la sociedad e incluso al conjunto de la humanidad.

Ahora bien, ambos atractores de la ética, la religión y la política, no tienen el mismo estatuto. Quizás tampoco la misma importancia. Si se me permite la transliteración, la religión es un atractor fijo, en cuanto que el área de la religión ha sido usualmente el de la paz, la calma, el sosiego, el remanso. Por su parte, en contraste, la política puede y debe ser vista como un atractor periódico y en muchas, muchas ocasiones como un atractor extraño. En verdad, lo propio de la política son los pactos y sus rupturas, las treguas y las guerras, la organización y el orden social y sus rupturas y quiebres. Nada más lejano al sosiego y el remanso que la acción, la voluntad y las decisiones políticas. En fin, por así decirlo, la religión puede ser considerada en cuanto nutriente como regulador; la política, por su parte, es un elemento formador y energético de la alimentación de la ética. Esto en el sentido que conocemos gracias a la nutrición.

El problema central es que en determinados momentos y lugares la política y la religión se implican, se refuerzan y se conectan de distintos modos. Cuando ello sucede, estamos en presencia del fundamentalismo. En la actualidad es un principio fundamental la separación de la religión y la política. Aquella permanece en la esfera privada; ésta otra pertenece a la esfera pública. Este es el sello distintivo de la modernidad.

VII

La grandeza y la sensibilidad de la ética no son otra cosa que su preocupación permanente por el individuo. Cuando en el discurso ético se habla de la ética de la empresa, por ejemplo, se considera a la empresa como un individuo. Sin embargo, ésta que es la especificidad y la importancia de la ética marca, al mismo tiempo las limitaciones de la misma. La ética poco sabe y nada puede de temas sociales y históricos, a menos que sea bajo el supuesto del individualismo ontológico o del individualismo metodológico.

La ética es un asunto eminentemente individual. Pero cuando queremos hablar de ética en la dimensión meso y macro de la existencia, el término adecuado es otro. No se trata ya de temas y problemas éticos, sino, más exactamente, de temas y problemas de justicia. En otras palabras, la ética tan sólo sabe del individuo, aun cuando alcance a ver a la sociedad, a la historia y al planeta. Pero en estos dominios la ética nada puede. Cuando se lanza en estos otros territorios, la ética deja de ser lo que es, para transformarse en justicia. Es una situación análoga a la de la oruga. La oruga sólo sabe de superficies, aun cuando alcance a ver el espacio, los volúmenes y las formas. Pero si desea aventurarse en ellos, debe convertirse en mariposa. Con lo cual, por lo demás, transforma su belleza. Se hace, como decimos en ecología, más carismática.

El mundo contemporáneo ha hecho, por distintas y numerosas razones y desde diversos ángulos y puntos de vista, una contribución fundamental a la historia de las ideas éticas. Se trata del reconocimiento de que existe al mismo tiempo que una implicación en términos de tensión, también una diferencia en términos estructura, entre la ética y la justicia. Esto es, en términos de los contenidos, alcances, significado, posibilidades y límites de la ética relativamente a la justicia, y viceversa.

Algunos de los términos de esta tensión y estructuras son: pobreza, inequidad, igualdad, participación, acción colectiva y racionalidad colectiva relativamente a la acción individual y la racionalidad individual, responsabilidad individual y social, valores individuales y capital social y humano, medicina curativa y medicina preventiva, en fin, disfrute personal, bienestar colectivo y sostenibilidad. Hay que decir que sobre éstos –y otros temas conexos y afines-, no se ha dicho aún la última palabra. Y antes que ver en este rasgo una limitación, se trata, en verdad, de magníficas oportunidades. Puntualmente dicho, de estupendas posibilidades de vida.

VIII

Hay un tema que no hemos comenzado o por lo menos terminado de pensar. Se trata de las relaciones entre ética y evolución. Debemos poder pensar en una ética evolutiva o evolucionista. Sencillamente, en una ética con carácter y valor histórico, pues lo propio de la historia es su carácter evolutivo. Por el contrario, el carácter, la estructura y el talante de toda ética habida hasta el momento en la historia de la humanidad occidental es de la ética en términos de y como orden y estabilidad. Si se me permite la expresión filosófica: toda ética habida hasta la fecha en Occidente ha sido ética del ser, no del movimiento, el cambio o el devenir.

En este sentido, existe un anacronismo entre el discurso y las pretensiones de la ética y el decurso y los avatares del mundo contemporáneo. Notablemente, vivimos un mundo crecientemente acelerado, cada vez más interconectado y sensible en escalas inmediatas y a mediano y largo plazo, un mundo en el que lo local no es opuesto sino una expresión de lo global mismo, y en el que, a su vez, lo global se nutre de localidades y variaciones.

Propongo, con una fuerza simplemente exhortativa, una ética evolutiva (o evolucionista). Claramente no en el sentido, desafortunado, por lo demás, de H. Spencer. Se trata de una ética que afirme, gratifique, plenifique, cuide y haga posible y cada vez más posible la vida –la vida humana tanto como la vida en general en el planeta; o mejor, la vida misma de Gaia-, en relación estrecha con la flecha del tiempo y con las velocidades y direcciones de la misma flecha. Desde este punto de vista, el motivo de trabajo en el que pienso es el de las relaciones entre ética y complejidad, un territorio completamente inexplorado hasta el momento.

Esta idea implica, en realidad, una tesis fuerte. Todas las éticas habidas hasta hoy han sido éticas reduccionistas –exceptuando, quizás, las propuestas del multiculturalismo-. En otras palabras, el

fundamento de la evolución tanto como la obra misma de la evolución es la diversidad. Una ética evolutiva debe ser, consiguientemente, una ética de y para la diversidad. Esto es, como diversidad creciente, o también, como complejidad creciente. El tema que sirve como referente es el de las conexiones entre ética y el estudio de los fenómenos, sistemas y comportamientos no-lineales.

IX

La ética no puede ni debe enseñarse. La ética es ejemplar y el modo de existencia suya debe ser ejemplarizante. Aprendemos no a través del dolor y el sufrimiento, sino con entusiasmo, con placer (lúdica), y en el ejemplo que vemos a nuestro alrededor. Para la esfera normativa hay un instrumento idóneo: el derecho, en toda la extensión y profundidad del término. El derecho y sus aparatos, mecanismos y agentes. Pero si hablamos y pensamos en términos de vida y de libertad, no ya coercitivamente –que es lo propio del derecho–, sino en términos de liberación y de afirmación y exaltación de la vida, tenemos la ética. La ética no en el sentido de la historia oficial y ortodoxa de la humanidad occidental, sino la ética, por así decirlo, en el sentido primario y prístino de Sócrates. De Sócrates y de algunos más.

El valor de los actos humanos es aprendido por empatía (*Einfüllung*), o también como analogía. La imaginación desempeña un papel fundamental al respecto. Pues bien, no hay nada tan opuesto a la normatividad como el ejercicio o la vida de la imaginación. Nos hemos pasado el tiempo construyendo normas de toda índole para no matarnos en lugar de dedicar nuestras mejores energías a la creación de un mundo bueno y mejor común para todos como un mundo diverso y de complejidad creciente. La historia de Occidente ha exaltado la norma sobre la vida en nombre de la vida. Y ha exaltado también el control a expensas de la imaginación y la libertad. Esa historia ha llegado –por lo menos ha comenzado a llegar a su final-. Si es cierto que la humanidad entera se encuentra en un cuello de botella, el futuro posible será el resultado del desplazamiento de la norma a favor de la vida, de la imaginación en contraste con la obediencia, en fin, de la alegría en contra del espíritu de seriedad, sobriedad y pesantez; de desasosiego incluso.

Lo dicho: la ética es un problema. Y lo maravilloso de los problemas no es simple y llanamente resolverlos. Por el contrario, se trata de ver diferentes maneras de resolución, y el descubrimiento, al mismo tiempo, de muchas otras variantes, juegos, retos, desafíos y problemas. El problema fundamental de la ética es el cuidado, el posibilitamiento y la gratificación de la vida. Pero, así las cosas, la ética se revela no como un fin, sino como un instrumento; simple y llanamente la herramienta nunca es un fin. Pues el fin es el cuidado y la exaltación de la vida.